



AÑO 4/ No. 84 / 06-11-2017

Populismo y el desprecio a las minorías

Me acompaña el espíritu de Joseph Roth (1894-1939) que consideraba una terrible derrota la irrupción de Hitler y su ejército de vándalos.

Y se resignaba Roth a decir: "Sí, hemos sido derrotados".

¿A qué tipo de derrotados se refería?

En esencia, creo, aludía a los hombres libres.

Guillermo Fadanelli

En los últimos años la democracia ha sido avasallada por varios frentes, la ausencia de elecciones creíbles en países como Venezuela y más recientemente en Honduras obligan a reflexionar sobre el daño que se ha venido provocando a este modelo de gobierno, pero sobre todo, en la desafección que estos acontecimientos provocan en los ciudadanos, en la lejanía que les inyectan y en que se abre la puerta de entrada para otros problemas aún más graves.

Pero esos casos latinoamericanos podrían no ser los síntomas más graves de la enfermedad que padece la democracia en todo el mundo. A más de un año de la elección presidencial de los Estados Unidos de América, hay indicios de un

regreso del fascismo, matizado con nombres como populismo o extrema izquierda y derecha. En ambos casos, cualquiera que sea la denominación que se utilice, sólo se encubre una enfermedad que podría lastimar de muerte al mejor modelo de gobierno que hemos conocido, como señaló alguna vez W. Churchill.

El triunfo de Donald Trump mostró que el desprecio a las minorías sólo estaba oculto, soterrado entre lo políticamente correcto que promovimos durante la última mitad del siglo XX. Sabíamos que aún existían minorías racistas, xenófobas, homófobas, etcétera, pero se pensó que eran sólo eso, minorías; con el triunfo del republicano la realidad cayó de golpe para obligarnos a

reflexionar sobre el populismo y el riesgo de despreciar a las minorías.

El presente ensayo busca acercar al lector a ese concepto que ha estado de moda en los últimos años, tanto en redes sociales como en discursos políticos. El segundo apartado, expondrá el desprecio a las minorías y sus peligros para las democracias del mundo.

I.- Trump y el Populismo

Cuando el proceso electoral en Estados Unidos arrancaba, nadie puso atención a Donald Trump, era un aspirante más entre todos los políticos de experiencia y reconocimiento como Jeb Bush, Ted Cruz y Marco Rubio, conforme avanzó el proceso, la indiferencia se convirtió en angustia, ¿cómo era posible que un candidato que promovía antivalores democráticos estuviera avanzando tan rápido en las preferencias electorales de los republicanos? ¿Cómo era posible que en el país de las libertades se volvieran a escuchar consignas en contra de las minorías en medio de vítores por parte de los asistentes?

Nadie tenía respuestas para ello, el fenómeno era digno de comentarios en medios de comunicación en todo el mundo y de análisis serios entre politólogos y sociólogos.

Ya entrado en el proceso, muchos vaticinaron que la irresponsabilidad de Trump sería derrotada por la sensatez y el conocimiento de la candidata demócrata Hillary Clinton, pero eso no sucedió, el discurso enfocado en una base de norteamericanos resentidos con el modelo económico imperante no atendió al conocimiento, en cambio, eligieron los espavientos y la promesa de una “Norteamérica grande de nuevo”, es decir, los estadounidenses eligieron populismo. Pero ¿qué es el populismo? ¿No fue el ex Presidente Barack Obama quien lo había defendido frente al Presidente de México Enrique Peña Nieto? ¿O es que acaso estamos frente a un concepto polisémico que se escapa de una definición concreta?

Para responder a la última pregunta, basta recordar que no son pocos los autores que han reflexionado en torno al populismo, desde aquellos que ven

en él riesgos importantes para la democracia como Rob Riemen y Tzvetan Todorov, hasta quienes consideran que tiene algunas virtudes como Laclau y Rancière. En este ejercicio, centraremos la atención en los dos primeros, ya que el populismo de Trump representa un riesgo para México, quien había sido socio y aliado importante para los Estados Unidos.

En mayo de 2017, el ensayista holandés Rob Riemen publicó un lúcido ensayo titulado *Para Combatir esta era. Consideraciones urgentes sobre el fascismo y el humanismo*, en él, explora la idea de que lo que hemos llamado populismo, tanto de derecha como de izquierda, es en realidad un regreso del fascismo que tanto lastimó a la humanidad durante el siglo pasado, para él:

El uso del término *populista* es tan sólo una forma más de cultivar la negación de que el fantasma del fascismo amenaza nuevamente nuestras sociedades y de negar el hecho de que las democracias liberales se han convertido en su contrario: democracias de

masas privadas de su espíritu democrático. (14)

En la elección de Estados Unidos fueron importantes las propuestas del candidato, recordemos: construir muros en lugar de tender puentes de colaboración, limitar aún más el acceso de migrantes provenientes de Medio Oriente a su país, expulsar a personas con una vida hecha como los Dreamers en lugar de incorporarlos al desarrollo de esa nación. En otras palabras, Donald Trump jugó con las emociones más irracionales con las que el fascismo se hizo de adeptos el siglo pasado: “el resentimiento, el odio, la xenofobia, el deseo de poder y el miedo”. (Riemen, 2017; 16)

Por otra parte, Tzvetan Todorov en su libro *Los enemigos íntimos de la democracia*, señaló que esta forma de gobierno “genera por sí misma fuerzas que la amenazan, y la novedad de nuestro tiempo es que esas fuerzas son superiores a las que la atacan desde fuera. (2012; 10). Pero ¿cuáles son esos enemigos?, el ensayista encuentra tres: populismo, ultraliberalismo y mesianismo. Todos son producto de valores desmedidos

de la democracia, a saber, el pueblo, la libertad y el progreso.

La visión de Todorov permite entender que aunque el poder resida en el pueblo como lo señala la propia Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, es imposible que en el contexto actual de medios de comunicación de masas y de redes sociales, el pueblo no sea manipulado o al menos se intente, es por ello que el populismo resulta una amenaza para la democracia, porque suprime los controles institucionales que permiten la sana convivencia en sociedad.

El populismo además, requiere de una personalidad carismática que pueda hablar de frente al pueblo, como lo hizo Trump, pero también lo han hecho otros como Hugo Chávez en Venezuela. Quizá, la característica más importante y peligrosa es su constante llamado al miedo, uno de los sentimientos que más daño han hecho a las democracias occidentales, ¿acaso el ascenso de la derecha en Alemania no se dio por el miedo a los refugiados? ¿No es el miedo a perder el empleo lo que Trump utilizó en su campaña para

conseguir el voto blanco de la clase media? ¿O en el caso de México, no es el miedo a la “mafia del poder” lo que alimenta la visión populista de uno de los aspirantes presidenciales de la próxima elección en 2018?

2.- Contra las minorías

En teoría, la democracia es la posibilidad de un gobierno para todos, sin embargo, en los últimos años la democracia aparece en contraposición a algo o algunos, es decir, no se construye desde las propuestas para mejorar la calidad de vida de las personas, sino para derrotar a otros que no comparten un proyecto. Bajo esa lógica, la democracia es la lucha de dos enemigos irreconciliables, a veces, esos enemigos vienen de fuera, como los migrantes, refugiados o el imperialismo yanqui, pero hay ocasiones en los que esos enemigos existen dentro, como la clase alta o lo que algunos populistas han llamado “la mafia del poder”.

Como señaló Umberto Eco, tener un enemigo es importante, primero para definir una identidad, después, para conseguir un obstáculo al cual culpar

para después desafiarlo. ¿Qué hacer cuando un pueblo o en su defecto, un candidato no cuenta con un enemigo?, la respuesta es sencilla, es necesario crearlo. Fue así como Donald Trump inventó un enemigo que en realidad había sido aliado en las últimas décadas, los migrantes mexicanos. Así, en esa invención de unos vecinos “bad hombres” es como se construyó su imagen de defensor de los derechos laborales de la clase media norteamericana, y sobre todo, sobre esas bases se edificó el discurso que a la postre le ayudaría a triunfar: “build the wall”.

Este discurso desató una persecución en contra de los mexicanos en ese país, de pronto, la integración, el multiculturalismo y la apertura cultural comenzó a cerrarse para hacer surgir el desprecio por los vecinos. De un día para otro ya no hubo un país de libertades, sino uno que se debatía entre “ellos (los migrantes) y nosotros (los norteamericanos)”, “la creación de los otros como colectivo, o de uno de ellos, es un requisito que mediante la dinámica de la construcción de estereotipos y del contraste de identidad, contribuye a colocar los

límites y a demarcar la dinámica del <<nosotros>>”. (Appadurai, 2006; 68)

A veces, esa identidad del “nosotros” nunca se ve amenazada en términos reales por los “otros”, es decir, los mexicanos no buscan exterminar a los norteamericanos para apropiarse de un país que no es suyo, o los refugiados no son la amenaza para la comunidad europea, son condiciones totalmente fuera de esos términos los que han llevado a las personas a vivir fuera de su país, sin embargo, los populistas que desean acceder al poder los utilizan para conseguir votos.

A manera de conclusión

La democracia ha mantenido algunos valores como el eje de su existencia, la libertad, el desarrollo tecnológico, el respeto a los Derechos Humanos y las elecciones periódicas son algunos ejemplos de ello, sin embargo, es imposible negar que cada día son más notables los peligros que la aquejan.

El populismo es tan sólo una forma de llamar a ese peligro que lleva a la sociedad a la polarización y en consecuencia al enfrentamiento, de

ahí que a un año de la elección de los Estados Unidos sea importante reflexionar sobre lo acaecido, pero sobre todo, porque no se puede permitir un escenario de encono en la sociedad mexicana, donde alguno de los aspirantes llame al odio contra los demás contendientes o contra algún sector de la sociedad.

Es menester no repetir lo que sucede en otras partes del mundo y para ello se debe llamar a las cosas por su nombre, el populismo tanto de izquierda como de derecha encubre un mal mayor para la democracia occidental, un mal que ha provocado muertes y crisis humanitarias y se le debe llamar por su nombre, es necesario no volver a caer en fascismos y si no se puede incidir en los demás países, al menos en nuestro México se debe detener todo intento, debemos evitar caer en la tentación populista como lo hicieron los vecinos del norte.

Referencias

Todorov, Tzvetan (2012). Los enemigos íntimos de la democracia. Barcelona. Galaxia Gutenberg.

Riemen, Rob (2017). Para combatir esta era. Consideraciones urgentes sobre el fascismo y el humanismo. Barcelona. Taurus.